



Medios y pedofilia en la Iglesia

Buenas noticias, malas noticias

Jesús María Aguirre, s.j.

“La situación que vivimos es extremadamente exigente y nos pide que seamos absolutamente creíbles y verdaderos”

Federico Lombardi, Portavoz del Vaticano

Las recientes acusaciones sobre casos de pedofilia por parte de representantes de la Iglesia han removido antiguos recelos. Pero más allá de lo anecdótico, en el presente no puede entenderse la difusión y el alcance de las acusaciones sin el protagonismo de los medios de comunicación, no siempre honestos en el tratamiento de ciertos temas sensibles

Generalmente la Iglesia católica ha gozado de buena y mala prensa según los medios favorables o desfavorables a la institución. Sin embargo, bajo el pontificado del Papa Juan Pablo II prevaleció internacionalmente la tendencia favorable, alimentada entre otros factores por su carisma, viajes, y añadamos también control informativo interno.

Hoy pareciera haberse revertido esta tendencia. Por las noticias de la prensa y de los medios uno pudiera pensar que el sacerdocio católico está lleno de pedófilos, que actúan sin control ni penalización.

¿Es que acaso no es verdad lo que se nos cuenta? Analicemos algunos datos y el tratamiento otorgado por los medios al tema.

REPRESENTACIÓN MEDIÁTICA

En los estudios empíricos sobre la violencia en los medios y su influencia, una de las investigaciones típicas previa al análisis de efectos suele ser la comparación entre representación de los medios sobre hechos de violencia y las estadísticas emanadas de los centros de investigación criminal. Otro tanto suelen hacer hoy los observatorios de medios con datos sobre discriminación social, racismo, desigualdad de género, estigmatización de enfermedades, etcétera.

Hoy sabemos que las informaciones periodísticas, sean impresas o electrónicas, subrepresentan el total de los hechos criminosos, aun en el caso en que las fuentes policiales suministren la información, sea porque no hay denuncias o sea porque se encubran. O, finalmente, porque no ofrecen interés periodístico. Este es el caso, por ejemplo, de los abusos de menores en los medios familiares, en que convergen las precauciones de su entorno, la norma de no mencionar los nombres de los niños, y el desinterés periodístico, a no ser que se trate de algunas estadísticas sobrecolectoras o de algún caso monstruoso.

Al contrario, está comprobado que las películas y series televisivas –documentales o de ficción– sobrepresentan las diversas formas de violencia, motivo que siempre ha puesto en alerta a los educadores, sicólogos, religiosos y, en general, guardianes sociales por los posibles efectos negativos, debidos al posible efecto perverso en la modelización de conductas. Esa discusión se renueva cíclicamente, sobre todo cuando se cometen asesinatos inspirados en algún ritual de película o teleserie famosa. Recientemente, por ejemplo en Inglaterra, se atribuyó el asesinato y maltrato de unos homosexuales por un psicópata a la influencia del famoso film “La naranja mecánica” de Stanley Kubrick.

Aunque es discutible si son más peligrosos los asesinatos representados en una película de ficción que las informaciones sobre los llamados a la guerra de un mandatario, la cuestión sigue en el tapete.

LOS CASOS DEL CLERO

Veamos ahora algunos datos que conciernen a la pedofilia de los sacerdotes.

En Estados Unidos, de los 46.000 sacerdotes en ejercicio, han sido acusados o convictos 690 (1,5 por ciento). Es una proporción menor de la

que se da en el resto de la población, lo cual no es excusa para los abusos del clero (Desmond O'Donnell, sicólogo, Revista America USA).

Pero el relieve dado a los abusos de los sacerdotes llegó al culmen, cuando un grupo de reporteros del *Globe* recibió en el año 2003 el premio Pulitzer por sus reportajes sobre los patrones de abuso sexual del clero de la Arquidiócesis de Boston. Este escándalo culminó con la renuncia del Cardenal Bernard F. Law.

En Alemania, por ejemplo, de los 210.000 casos de abusos a menores denunciados desde 1995, 94 corresponden a eclesiásticos (0,04 por ciento). Ciertamente que 94 casos en parroquias y colegios son de gravedad por cuanto constituyen centros en los que se deposita una confianza especial.

Algunos medios, una vez que ha quedado salpicado el nombre del hermano de Benedicto XVI, Georg Ratzinger, han pretendido que el Papa dimita.

Sabemos que en los países latinoamericanos cerca de 80 por ciento de las violaciones sexuales a niños (incestos y conductas pedofílicas) ocurre con personas adultas de la familia o cercanas a ellas.

Pero ¿recuerda usted algún caso fuera de la Iglesia, difundido por los medios a nivel mundial, latinoamericano o nacional fuera de alguna conducta tan aberrante como la de Josef Fritzl, el *monstruo de Austria*?

Obvia decir que la mayor parte de los casos de la gente común, salvo excepciones como la del afamado Mikel Jackson –que requeriría un análisis en particular–, apenas han tenido más resonancia que la que corresponde a unos hechos delictivos típicos de las páginas rojas de los periódicos y de las secciones informativas de TV., sin focalización contra un grupo o institución.

¿Cómo se explica, por tanto, ese sesgo particular de los medios, silenciando prácticamente las medidas disciplinarias que se han ido tomando –por ejemplo en el caso del fundador de los Legionarios de Cristo, P. Maciel–, engrosando los hechos y las sospechas, y dando a entender que hay total impunidad?

ALGUNOS FACTORES EXPLICATIVOS

Cabe considerar una serie de factores, algunos vinculados a los modos de producción periodís-

ticos, y otros derivados del contexto social o de los públicos más concernidos.

Ya es de conocimiento común que las noticias seleccionadas en función del criterio de *excepcionalidad negativa* gozan de un plus de preferencia en los periódicos. Naturalmente, en los ambientes católicos cargados de informaciones ejemplares, sermones morales y adulación institucional, las malas noticias de los curas llaman la atención de los feligreses —escandalizados o no— y, en general, del público. Por supuesto, en los ambientes menos identificados, esas novedades son parte de la materia prima para el comentario jocoso o morboso. Y, para unos y otros, la mala noticia juega un papel disuasivo y preventivo.

La literatura y especialmente el cine, más que la televisión, siempre han sido incómodos por su papel contestatario contra los poderes abusivos, sobre todo de los políticos y del clero. Entre los *Cuentos de Canterbury* y el *Decamerón* o las novelas *La Religiosa* de Diderot, *El crimen del P. Amaro* de Eça de Queirós, *Los diablos de Loudon* de A. Huxley, vertidas al cine, que vituperaban los abusos sexuales del clero, y más recientemente las películas *La Duda*, *La Mala Educación* o *En nombre de Dios*, que denuncian las conductas pedofílicas, encontraremos las críticas más ácidas sobre el estamento sacerdotal.

En Venezuela el tratamiento del affaire Biaggi, explotado al máximo por los medios, convertido en literatura denunciadora por la obra *Cuatro crímenes, cuatro poderes*, y difundido en la versión filmica como *Cangrejo II*, debió habernos dejado algunas lecciones para no incurrir en los mismos desaciertos ultradefensivos, como si el problema fuera sólo contra la santidad de la Iglesia y no contra los abusos de poder.

Si los hechos noticiosos involucran además a personajes prominentes, como la del fundador de Los Legionarios de Cristo, o enlodan, así sea indirectamente, a personas cercanas a la más alta jerarquía, como la figura del hermano del Papa, el detonante está listo para una conflagración noticiosa.

No hace falta pensar en una teoría conspirativa sobre matrices de opinión, aunque pudiera haberla en ciertos sectores y medios anticatólicos, para comprender tal dinámica (Roma, domingo, 3 junio 2007, Zenit.org.). En esta explosión se realimentan los intereses mercantiles de los medios amarillistas, las componendas polí-

ticas y las retaliaciones colectivas. Y no debemos olvidar a los acusadores deseosos de aprovechar el negocio en río revuelto, aprovechando la presión mediática.

REPUTACIÓN Y REPARACIÓN

En la jerga actual de las relaciones públicas y la comunicación organizacional se ha puesto de moda el tradicional valor de reputación para designar el capital de imagen positiva y credibilidad de una corporación o institución. Según el estudio Oxford Métrica, mencionado por Moisés Naím, la probabilidad de que un alto ejecutivo de una institución tenga que afrontar un escándalo que le reste reputación se ha cuadruplicado de 20% a 80% en los últimos veinte años.

Para la mayor parte del mundo la Iglesia católica es simplemente la mayor ONG del mundo y su tratamiento en los medios no goza de privilegios especiales. Su capacidad de reclutar feligreses, captar recursos económicos y ofrecer servicios depende de su reputación, es decir de su imagen y valoración social. Cuando de crisis se trata queda sometida a la misma lógica mediatizadora que otras personalidades y organizaciones.



Comparando las estrategias informativas en los escándalos relacionados con el golfista Tim Woods, con los carros defectuosos de Toyota, y los abusos sexuales del clero estadounidense, si bien las instituciones son muy dispares, las tres reaccionaron inicialmente con la misma política del silenciamiento y de la evasión.

La secuencia ulterior de los dos primeros casos fue la del ofrecimiento –aún con reticencias– de disculpas públicas ante los medios. En el caso de la Iglesia hubo una eclosión defensiva de varios jerarcas eclesiásticos que atacaron a los medios por difundir *chismorreos* y *murmuraciones* y hacer eco de círculos anticatólicos.

Sin duda el Informe Ryan de Irlanda, dado a conocer al público, ha hecho salir a la Santa Sede de sus actitudes defensivas para dar cuenta, ante la sociedad y las víctimas, de su responsabilidad a la hora de encubrir a los culpables o de silenciar las acusaciones.

La estrategia defensiva a ultranza del pasado apenas funcionó y además agravó la situación.

Un ejemplo patético de ello fueron las infaustas declaraciones del Secretario de Estado del Vaticano, cardenal Tarsicio Bertone, relacionando a los homosexuales con los casos de pedofilia. Estas declaraciones tuvieron que ser corregidas por unas aclaraciones del vocero del Vaticano, P. Lombardi, y por el encuentro entrañable que el Papa tuvo posteriormente con un grupo de víctimas en Malta.

La transparencia y la atención a las víctimas, más que el silencio y la autodefensa, se ha demostrado que son la vía de la reparación del error y de la recuperación de la confianza.

LAS RETALIACIONES

Ya las instituciones eclesiales están acostumbradas a recibir amenazas de los gobiernos cuando sus posiciones contrarían la imagen de las autoridades o sus directrices políticas.

No hace falta retrotraerse mucho en el tiempo para recordar la relación entre la crítica de algunos obispos contra el presidente Lusinchi por sus relaciones con Blanca Ibáñez y la respuesta de la detención del cura de San Mateo, o más recientemente la campaña contra Mons. Baltazar Porras a raíz del asesinato del P. Piñango. Los expedientes de la policía están siempre listos para disparar informaciones contra cualquier vocero eclesial no grato. En esta oportunidad los medios oficiales se han sumado también a los ataques de los medios periodísticos *imperialistas* en un afán para oponer la pureza revolucionaria contra el fariseísmo del clero. Parecen estar más interesados en socavar las relaciones entre el clero y los fieles católicos que en la resolución de los problemas de las víctimas.

Sin embargo, como Iglesia, debemos considerar otras reacciones retaliativas en un ejercicio

de autocrítica. Hay muchos colectivos dentro y fuera de los medios masivos que se sienten heridos por la institución eclesiástica por el rigor con que aplica la ley contra miembros laicos y por la tolerancia que despliega con los clérigos, según aquello de que la Iglesia institucional ve la paja en el ojo ajeno y no ve la viga en el suyo. Por eso no estaría de más repasar y sopesar cuáles son estos colectivos y las razones de esta indignación.

Entre estos grupos cabe mencionar a los divorciados a quienes no se les permite comulgar, a las parejas que utilizan métodos contraceptivos, a los homosexuales y gays descalificados moralmente, a los excusas y exreligiosos que eran denigrados en un pasado no muy lejano, a los periodistas y teólogos cristianos que ejercen su derecho a la crítica. La discriminación en el tratamiento de los sacerdotes y laicos ha sido muy manifiesta y muchas denuncias y declaraciones en los medios reflejan las heridas.

No ampliaremos esta lista a otros grupos religiosos de cristianos separados, grupos no cristianos, laicistas beligerantes o ateos militantes, que compiten también en la ganancia de la confianza social, pero la suma de todos ellos nos hace pensar que la comunidad eclesial debe repensar, sin renegar de su identidad y principios, las relaciones que establece con estos colectivos y particularmente con los periodistas y medios masivos que demoniza con frecuencia.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.